

Con Carlos, en un elevador descompuesto

Eduardo Antonio Parra

Como a la mayoría de sus conocidos, la enfermedad de Carlos Montemayor al principio me pareció increíble, una broma de mal gusto. Debe ser una equivocación, yo me lo topé hace poco y se veía perfecto, igual que un toro, pensé con el típico optimismo entreverado con pánico de quienes preferimos no enterarnos de nada, y enseguida olvidé el asunto o, por lo menos, procuré no pensar en él, acaso con la idea de que en cualquier momento volvería a encontrarme con él en alguna mesa redonda, un encuentro de escritores o una feria del libro. Pero los subterráneos de la mente operan de modo misterioso, y durante los días siguientes, por alguna razón y sin ser consciente de ello, recordé mis acercamientos a su obra, las escasas veces que conviví con él, la solemnidad un tanto afectada que adoptaba al hallarse frente al público y el sentido del humor —peculiar pero efectivo— con que se conducía en corto con amigos y conocidos, bajo los escenarios y fuera de los reflectores. Vinieron a mi memoria escenas concretas con Montemayor, frases y expresiones, sensaciones que me despertó la lectura de sus libros; sus actitudes, bromas y ocurrencias. Tanto lo pensé —sin en verdad pensarlo— en esos días, que recibir la noticia de su deceso me resultó tan extraño como si me hubieran dicho que había muerto alguien a quien hubiera conocido de cerca durante los últimos días, alguien a quien hubiera dejado de ver apenas la semana pasada. Luego vinieron los pormenores de su enfermedad, los detalles médicos, el sitio y la hora donde sus restos serían velados, es decir, los datos que volvían definitiva, contundente, su ausencia.

Por razones de edad y geografía, mi primer contacto con él fue a través de su obra. El primer libro de Car-

los que leí fue *Minas del retorno* —publicado en aquella colección de Lecturas Mexicanas de la SEP que sirvió para que tantos lectores nos acercáramos a nuestras letras—, donde trata un tema cotidiano para los chihuahuenses pero poco abordado en la literatura (el único antecedente que conozco son los relatos reunidos en *De minas y mineros*, del narrador decimonónico Pedro Castera), con lo que de inmediato presentí lo que pude comprobar más tarde al leer otras obras suyas: Carlos Montemayor era un literato peculiar, un artista completo con un amplio abanico de intereses, cuya obra escapaba a toda clasificación. Un hombre del Renacimiento nacido en el siglo XX y, no obstante, no sólo arraigado en su país y en su época —lo demuestran su impulso a las literaturas en lenguas indígenas, sus libros sobre la guerrilla y su perfil de activista político— sino en su región natal, como puede verse en sus relatos y novelas iniciales. Uno de sus primeros cuentos, ejemplar en su ejecución, en la caracterización de los personajes y en el manejo de la tensión, me quitó el sueño varias noches allá en mis inicios como escritor. Se titula “El alba” —apareció en un pequeño libro del mismo nombre editado por la desaparecida Premiá—, y no puedo olvidar que, tras leerlo una y otra vez, me preguntaba cómo había hecho su autor para jalar y mantener el interés de los lectores de manera tan firme desde la primera línea hasta la última, cuando uno concluye la lectura en un estado de agitación semejante al de los mismos personajes. Nunca se lo pregunté a Carlos, ni le hablé de su relato; quizá por ello lo escribo aquí.

Pero más que su obra —que está a disposición del público—, quisiera recordarlo a él. Sobre todo porque

es creencia general que Montemayor tenía un carácter difícil, que era demasiado “tieso” y que se tomaba muy en serio a sí mismo. Es posible que haya sido así en ciertos instantes, cuando decidía convertirse en el centro de atención, cuando “secuestraba” el micrófono en las mesas redondas o cuando ponía a prueba la paciencia de sus oyentes con disertaciones larguísimas —por lo demás casi siempre interesantes—, pero ya “a nivel de cancha” se transformaba, su simpatía salía a relucir, y era capaz incluso de burlarse de sí mismo con ingenio envidiable.

Una noche, en el coctel después de la presentación de un libro de Mario Saavedra, en el cuarto piso del edificio de la SOGEM —presidida entonces por el ahora también extinto Víctor Hugo Rascón Banda—, mi mujer y yo coincidimos a la espera del elevador con Carlos y una pareja formada por un pintor de Chihuahua —cuyo nombre ahora se me escapa— y su esposa. Llegó el elevador, lo abordamos y, cuando uno de nosotros oprimió el botón de la planta baja, tras un crujido del mecanismo la caja se cimbró y enseguida quedó inmóvil. Estábamos atrapados. Mientras el nerviosismo se hacía presente, volvimos a apretar los botones, incluso el de alarma, pero fue inútil. El elevador era de puertas dobles. Carlos y yo conseguimos abrir las interiores unos veinte centímetros pero, por más que nos esforzamos, en las exteriores sólo conseguimos una abertura de unas dos o tres pulgadas. Afuera seguía la fiesta y nadie se había dado cuenta de nuestro percance. A diferencia de

los demás, que mostrábamos nerviosismo, a Carlos la situación parecía divertirlo: cuando Claudia, mi mujer, se sentó en el piso un tanto abatida, para demostrarle que no había peligro Carlos dio un par de brincos hasta una altura considerable para caer con todo su peso sobre el piso del elevador que, se sacudía igual que en un temblor. “Carlos, Carlitos, por lo que más quieras, no hagas eso. No, no, en serio, Carlitos, ya no”, decía Claudia y él nomás se reía. Luego me dijo: “Ya ves, Eduardo, cuando quieras que Claudia te hable con cariño y palabras tiernas, ya sabes qué hacer”.

Pasados unos minutos, empleó su voz de tenor para llamar a los de afuera. Alguien lo oyó y fue por Víctor Hugo Rascón, quien desde el otro lado de las puertas trató de tranquilizarnos: ya había llamado al técnico. Entonces Carlos le pidió que, entre tanto, nos pasaran “algo” para que el rato no fuera tan malo, y por la rendija fueron entrando, no sólo varios jaiboles, sino también bolsitas de plástico con quesos, jamones, patés y galletas que, si no nos quitaron la angustia, por lo menos la aliviaron un poco. Teníamos el trago y la botana; faltaba la variedad. Como si lo hubiera pensado en esos términos, Montemayor contó un chiste, después otro y otro, deteniéndose sólo para remojarse la garganta con sorbos de whisky, o para pedir la siguiente ronda a nuestros proveedores externos. De cuando en cuando alguien acercaba la boca al elevador para preguntarnos: “¿Están bien? No se desesperen, ya vienen”, y se iban a continuar la fiesta olvidándose enseguida de que llevá-



Con Rubén Bonifaz Nuño

bamos un buen rato en un cubo de menos de metro y medio por lado.

Pero Carlos no descansaba en su intento de distraernos y distraerse. Después de varios jaiboles, cuando se agotó el repertorio de chistes (debe de haber contado unos quince), cambió de giro y comenzó a declamar quién sabe qué con acento engolado y actitud histriónica. Su voz y el ritmo de las frases misteriosas que iba pronunciando con lentitud, como si las saboreara, inyectaban una atmósfera lúgubre a nuestro obligado refugio, donde los demás tan sólo nos mirábamos unos a otros sin decir nada. Por la rendija de las puertas alcanzamos a ver cómo la fiesta de afuera iba llegando a su fin, mientras nosotros oíamos a Montemayor cada vez más engolosinado con su extraña salmodia. Al fin concluyó y un silencio espeso se hizo presente. Pregunté con cierta perplejidad: “¿Y eso qué era, Carlos?”. “¿No lo reconociste? Es el canto primero de la *Iliada* en griego”. “Ah”, respondí pensando que, como había pasado más de una hora, el técnico no debía tardar.

Víctor Hugo nos pasó nuevos vasos. “Son los últimos”, dijo y alcanzamos a ver que casi no quedaba nadie en el piso. El coctel había acabado y se despedían los últimos asistentes. Dentro del elevador ya nadie hablaba, lo que Carlos aprovechó de inmediato para amenizar el resto de la espera con un aria operística a todo pulmón. Por supuesto, cantaba muy bien, incluso para aquel momento. Pero si ya de por sí la escena era muy rara, con un grupo de cinco personas atrapadas desde hacía dos horas en un elevador, en un cuarto piso, emborrachándose con los tragos que les pasaban por una rendija, comiendo botana de bolsitas de plástico, con un coctel que se desarrollaba a dos metros de ellos, escuchando primero una ristra de chistes, luego el canto inicial de la *Iliada* en su lengua original y después un concierto de ópera, lo más extraño vino después, cuando, al oír cantar a Carlos Montemayor, ¡alguien comenzó a hacerle segunda desde el otro lado de las puertas! No sé cuál era el aria, ni mucho menos a qué opera pertenecía —el encierro no permitía demasiada concentración—, lo único que sé es que, al escuchar que lo seguían, que lo acompañaban en su canto, Montemayor abrió el diafragma y soltó la voz al máximo, quizá para aprovechar del todo la acústica del recinto y la atención absoluta de su público cautivo. Al terminar de cantar, reía él, reíamos nosotros y se escuchaban más risas fuera del elevador, como si nadie, ni participantes ni testigos, pudiera creer lo que estaba pasando.

No sé cuánto tiempo más pasó hasta que Víctor Hugo se arrimó a la abertura. “Ya llegó el que los va a sacar”, dijo. Los que estábamos sentados en el piso nos pusimos de pie, y pronto se escucharon ruidos en el techo; luego un fuerte crujido, como el del principio. Enseguida una voz: “No se inquieten; el elevador va a bajar



y luego va a volver a subir, y luego les abro”. Así fue. Al abrirse las puertas dobles nos envolvió un aire frío, casi helado, que nos sacudió el sopor de la espera. Prácticamente saltamos al exterior del cuarto piso donde, solo y con las luces apagadas, nos esperaba Víctor Hugo Rascón Banda. El técnico que nos había rescatado, un hombre joven y risueño, se acercó a mí y me preguntó: “Disculpe, ¿es usted el maestro Montemayor?”. “No”, le dije señalando adonde Carlos bromeaba con Víctor Hugo, “es el señor”. Entonces caminó hacia él y le repitió la pregunta. Cuando Carlos afirmó, el joven sacó una libreta de notas y una pluma y dijo: “¿Me podría regalar su autógrafo?”.

“Es famoso”, me dijo Claudia mientras —para mayor seguridad— bajábamos por las escaleras, “acuérdate que sale con López Dóriga”. Era cierto, más que por sus libros, a Carlos lo conocían multitudes a través de la televisión, pero, ahora que lo pienso, veo que el técnico de los elevadores no estaba nada equivocado: ya fuera como narrador, poeta o ensayista, como periodista o intelectual, como políglota y traductor, como activista político, como tenor, declamador o cuentachistes, Carlos Montemayor siempre se distinguió por saber pasársela bien donde quiera que estuviera y en cualquier situación. Fue un hombre que en verdad supo sacarle el jugo a la vida. Y a esos son a los que hay que pedirles su autógrafo.